

DOMINGO XIV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 2, 2-5): *El espíritu entró en mí.*

Salmo (122, 1b-4): *«Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia».*

2ª lectura (2ª Corintios 12, 7b-10): *Te basta mi gracia.*

Evangelio (Marcos 6, 1-6): *No desprecian a un profeta más que en su tierra.*

El camino del hombre es siempre un proceso hacia adelante, en el que se van sucediendo las etapas de la infancia, la adolescencia, la juventud, la madurez y la ancianidad, gestionar cada una de las etapas tiene sus dificultades. Los primeros años en casa gozamos de un acompañamiento dirigido por ser personas dependientes totalmente, pero también para que seamos como todas las personas de nuestra familia o de nuestra comunidad pueblo o barrio ciudadano. La Palabra que ilumina esta primera etapa de la vida la vemos encarnada en los padres y en los adultos que están con nosotros y que son los que saben lo que hay que hacer y cuál debe ser el comportamiento cuando estamos con otras personas.

La adolescencia, etapa de cambios y conflictos, requiere un acompañamiento de personas que saben dónde quieren llevar el desarrollo del adolescente y además deben ser constantes en la línea educativa emprendida. Esta etapa de la vida está también acompañada por las buenas y las malas compañías. La búsqueda de quien puede llegar a ser le hace estar pendiente de las referencias entre lo que le apetece ser y lo que considera que sería lo mejor para él o ella. Por eso suele rodearse o buscar personas que reflejen esas tendencias.

Las dificultades de la gente joven para emanciparse y llevar adelante su proyecto de vida no son impedimento, para buscar y encontrar la forma de llevarlo adelante con la colaboración de otras personas jóvenes y adultas que buscan con ellas. Esta dificultad, tal cual, no aparece en la vida de Jesús, aunque también él tuvo que emigrar de su tierra buscando la seguridad ante un rey hostil que quería impedir la vida.

Cuando han pasado ya las etapas de la crianza de los hijos y del cuidado de los mayores, mucha gente se encuentra en un momento de la vida en el que sentimos un gran vacío por no saber cómo llenar el tiempo que antes teníamos muy ocupado. Comenzamos a sentir la necesidad de ser escuchados en profundidad para comunicar cómo hemos ido llegando a la situación que estamos viviendo y poder hablarlo desde el corazón, ya que es ahí donde las personas guardamos lo más importante de nuestras vidas. Las personas con las que podemos compartir lo más profundo de nosotros mismos no suelen ser las que estuvieron en las primeras etapas de nuestra vida ni son las de nuestras familias. Son más bien las personas que hemos ido eligiendo a lo largo del camino que iniciamos cuando decidimos de verdad lo que queríamos fuera nuestra vida.

La debilidad no aceptada provoca siempre la rebeldía que es una falsa posición de fuerza, ya que la misma debilidad quita el argumento al rebelde. Debe haber otra manera de defenderse el débil y que resulte verdaderamente eficaz. Esa es la respuesta que nos dan hoy los textos bíblicos de Ezequiel, Pablo y Marcos.

El profeta siente su debilidad al declararse incapaz de afrontar la obstinación y testarudez del pueblo, que se resiste a escuchar la palabra de Dios. Esta incapacidad resulta una de las características que definen al verdadero profeta, frente a aquellos que invocan el nombre de Dios para revestirse de una fuerza, que Dios no le ha dado; éstos son los falsos profetas que se hacen fuertes en el aplauso de los que secundan sus palabras y sus consignas, estiman el resultado de sus tareas por el éxito o poder de convocatoria; pero olvidan que son los fieles a quienes se dirige Jesús preguntándoles: *«¿También vosotros os queréis marchar?»*.

La experiencia de fracaso que Pablo tuvo en el Areópago de Atenas, cuando quiso captarse la benevolencia de sus oyentes y éstos acabaron por citarle con notable escepticismo para una nueva ocasión, llevó al Apóstol a deponer su soberbia, que llevaba metida como una espina en su propia carne. Al apóstol ya no le duelen prendas y por eso ya no tiene miedo de que se vean sus debilidades, pues así quedará bien claro que la fuerza que en él hay es la fuerza de Cristo. Es más, llega incluso a sentir contento de todo aquello que originan sus deficiencias; los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades que hay que sufrir por no eclipsar la fuerza de Cristo que reside en él. Desde esa experiencia y tratando de dominar su orgullo sin sucumbir ante él, Pablo afronta su debilidad como el mayor título de gloria en su apostolado hasta el punto de acuñar la frase: *«Te basta mi gracia, la fuerza se realiza en la debilidad»*.

La autosuficiencia de quien cree no necesitar la ayuda divina es el mayor enemigo del evangelio, cuyo mensaje fundamental es la potenciación y enriquecimiento espiritual de los necesitados, de los pobres y de los débiles. Allí donde hay hambre y sed de justicia, de paz, de amor y de verdad, cobra fuerza la palabra del evangelio que es don de Dios para los hombres que le aceptan con sincero corazón. Hoy como ayer resuena la voz de los profetas, que en nombre de Dios denuncian los atropellos cometidos por los poderosos, y expresan en su debilidad la fuerza incontenible de un Dios que cada vez se hace más presente en el mundo y en la vida de los que carecen de voz porque se la han robado los que se consideran sin saberlo, los dueños del mundo.